

Romance para Pedro Laín con alguna ayuda de Lope

DOCTOR de ciencias de los cuerpos,
doctor de ciencias de las almas,
tú querías, maese Pedro,
ser rabadán de las palabras.
Ellas que nacen con el astro
sacramental de la mañana,
dóciles llegan a la tarde
hasta el brillo de la cañada
donde se limpian y se fijan
y donde esplenden y resbalan,
y se enredan y se suceden,
y se agrupan y se desgranán.
Vienen del pueblo y van al pueblo,
y a tus puertas llegan y llaman;
traen un mensaje y una clave,
y te esfuerzas en descifrarla.
Se entretienen en el oficio
de nuestras manos artesanas;
cubren de una belleza oscura
los caminos por donde pasan;
tú eres el rabadán que sigue
o que precede cuanto guarda
y nosotros somos pastores
y zagales con los que hablas
día a día por estos pagos
entre «la espera y la esperanza».
Golpes y músicas se oyen
en el rincón mudo del arpa;
como látigos sin su daño,
como pájaros sin su jaula,
quieren acogerse a sagrado
nuestra cárcel de amor reclaman;
ríos que suben a su fuente,
frutos que vuelven a su rama,
oro que se teje y desteje
en la trenza de una muchacha.

Hamlet dijo en su laberinto
de amores: «¡Palabras, palabras!»
Ricos collares circundantes,
tiernas gargantas circundadas,
que van y vuelven, y parecen
las mismas, janos de mil caras,
que cuando suenan suena el mundo
y calla el mundo cuando callan.

Rabadán que la sal acercas,
que la esquila de estaño labras,
que el regalado sueño velas,
que la selvaticuez amansas,
llámanos y te ayudaremos
a recomponer la majada,
a embrosquilar al manso huido
y a que gane la trashumancia
servidumbre de abrevadero,
señorío de real cañada...

Es hermoso salir buscando,
con el rocío, a la del alba,
la anacardina que devuelve
tanta memoria dialogada.

Armas de paz son las que esgrimes,
blandos escudos los que abrazas,
cruz la que das a los molinos
que con los nombres agigantas;
tu desazón aspaventera
de par en par abre ventanas
que van a dar a un firmamento
de extremas estrellas extrañas.

José García Nieto